

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

LA CIENCIA

Ciencia es la poesía que consigue ser demostrada rigurosamente. Mi definición les parecerá rara, pero no pienso abandonarla por ello. Entiendo por poesía, en la más pura tradición griega, la actividad creadora. Gracias a ella, la inteligencia transfigura la realidad mediante el arte, la conoce mediante la ciencia y la transforma mediante la ética o la técnica. Hay, pues, poesía de la belleza, poesía del conocimiento y poesía de la acción. Pero ni siquiera esta clasificación es rígida, porque la ciencia tiene a veces un lenguaje prodigiosamente estético. Hoy voy a presentarles una

antología de los versos más bellos de la ciencia contemporánea.

El primero de ellos dice así: “No podemos acallar el ruido de fondo del universo”. Por demostrar que este verso se refería al permanente eco del estallido originario del universo, Arno Penzias ganó el premio Nobel de Física. Últimamente, las páginas de las revistas científicas se han llenado de una poética de la oscuridad, un poco a lo William Blake. Leo un artículo publicado por *New Scientist* que trata de “la caza de la energía oscura”. Cunde la idea de que sólo conocemos el 5% del universo y que el resto es materia y energía oscuras. Este mundo oculto no está en calma, sino que se ve agitado por “vientos oscuros”. Otro verso maravilloso.

A continuación transcribo parte de un artículo científico publicado por Bruce Balick, jefe del

departamento de Astronomía de la Universidad de Washington. Se titula “La muerte de las estrellas comunes”, y comienza así: “Contra el fondo negro del universo, encendidas desde dentro por estrellas esquilmadas, las nebulosas no nos muestran nuestro pasado, sino nuestro futuro”. Rilke pedía al destino que nos diera a cada uno “nuestra muerte propia”, que no fuera un accidente, sino la culminación de una vida; pues bien, las estrellas mueren rilkianamente. Las de masa muy grande estallan. Las de masa muy pequeña se consumen. Las primeras brillan más en su ocaso, pero “sus escombros son turbios y caóticos”. Las segundas

**LA CIENCIA
ES, EN
REALIDAD,
LA POESÍA
QUE SE
PUEDE
DEMOSTRAR
DE UNA
MANERA
RIGUROSA**

“se desvanecen en la simetría y complejidad de las nebulosas, que son etéreas y pacíficas”. La epopeya celestial continúa: “El viento desnuda a la estrella y descubre su núcleo aún caliente. Hay un tránsito del naranja al amarillo y después al blanco y por fin al azul. Las estrellas mueren con una simetría esférica”. Afirmaciones científicas que

me suenan a espléndida poesía. Ya se lo dije: la ciencia es poesía demostrada.

Confieso mi preferencia por un verso sorprendente cuya demostración se debe a Alan Bishop, experto en mecánica cuántica, del Los Alamos National Laboratory. Resulta que la luz, en un espacio vacío, camina a la velocidad de la luz, es decir, como Dios manda. Pero se vuelve extremadamente perezosa cuando atraviesa un exótico estado de la materia llamado condensado Bose-Einstein. Al parecer, utilizando el láser se puede “sosegar la luz”, e incluso detenerla. En ese momento, durante una milésima de segundo, mantiene la información, antes de extinguirse. Se convierte en “luz detenida”. Esto ya no es una expresión poética. Es la definición misma de poesía. ■



Raúl